



ISSN: 2981-4103 (en línea)

revista TEXTOS



Escuela de Educación y Pedagogía

L27



Universidad Pontificia Bolivariana



N° 27 / Enero-Diciembre de 2023 / Medellín, Colombia

© **Revista Textos, No. 27**

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

ISSN: 2981-4103 (en línea)

Periodicidad Anual

Año 2023

Escuela de Educación y Pedagogía

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Educación y Pedagogía: Juan Francisco Vásquez Carvajal

Editor de la Revista: Mateo Muñetones Rico

Coordinadora (e) Editorial UPB: Maricela Gómez Vargas

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Editorial UPB

Corrección de estilo: Editorial UPB

Revisión idiomática en inglés y traducciones: Gustavo Adolfo Jaramillo Cardona

Comité editorial estudiantil:

Elizabeth Córdoba Mesa (Coordinadora del No. 27)

Miguel Ángel Santa Taborda

María José Correa Castrillón

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2023

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín-Colombia

Radicado: 2260-31-03-23

Para la reproducción parcial o total de los artículos debe citarse la fuente.

Órgano de divulgación de la Escuela de Educación y Pedagogía de la Universidad Pontificia Bolivariana.



Narradores

Sección para la creación literaria

El tormento

David Montes Bermúdez
david.montes@upb.edu.co

Licenciado en Inglés y Español de la Universidad Pontificia Bolivariana.
Magíster en Educación con énfasis en ambientes de aprendizaje mediados por TIC, de la misma universidad.

A pesar de que este lugar siempre se encuentra en constante ruido, lleno de risas y burlas, muchos otros también lo consideran como yo, como lo que en realidad es: un presidio, un encierro inaguantable. Hoy, después de tan solo unos pocos minutos de algarabía, parecía una triste y silenciosa aula en la que se podía respirar el aroma de angustia que era exhalada por las víctimas que estaban conmigo en ese lugar.

Como era habitual, también se encontraban allí aquellos que, por supuesto, con sus expresivas y brillantes sonrisas, trataban de “disimular” el sentimiento de agobio que les producía el estar en aquel lugar donde se tenían que sentar a diario, al frente de una pizarra acrílica blanca manchada, casi en su totalidad, de tinta negra; rodeados de cuatro paredes grises y en forma de pequeños ladrillos; sentados bajo aquel techo de concreto blanco que parecía como si se fuera a venir encima; en medio de esas cuarenta y pico de sillas incómodas con el espaldar verde y en frente del sujeto aquel a quien llamaban Wilson. La verdad era que yo no le tenía suficiente cariño como para llamarlo por su nombre, pues él era el principal causante del sentimiento de penitencia y abandono que recorría todo mi cuerpo. ¡Ese profesor...!, que me hubiese ahorrado esos eternos treinta minutos de sufrimiento si tan solo no hubiese decidido hacernos esto: la estúpida y enigmática actividad que, desde que tengo memoria, me provoca un infinito desconsuelo con tan solo escuchar su nombre, pese a tener que haberlo oído innumerables veces en mi vida, no logro acostumbrarme a él.

En cuanto todo el mundo se sentó, el profesor repartió las hojas, una para cada uno. De inmediato, todos entraron en una profunda concentración, mientras yo sólo me percataba de escribir mi nombre y mirar con disimulo al chico del asiento de atrás. —¡Disimulé un poquito, boba! —me decía Vanesa. —¡Pues claro! —me decía a mí misma. Pensaba: «mi cabeza tiene que hacer un giro de más

de 180° grados para poder verlo... ni pensar en recostarme en el pupitre para poder mirarlo», y mientras lo pensaba, lo hacía. Pero, ¡mierda!, desvié la mirada, justo hacia esa hoja blanca y desolada, sentí que me pedía a gritos que la rayara, pero la verdad es que había olvidado por completo las indicaciones del profesor. ¡Qué belleza!, era capaz de pensar en la estrategia para mirar a aquel chico, pero cuando de responder las preguntas del examen se trataba, ahí sí que odiaba pensar. Esto despertó un enorme enojo dentro de mí y eso me hizo creer que el chico ya no era tan lindo como yo pensaba, que ya no me interesaba mirarlo, y que lo único que quería era hallar una respuesta que fuese lógica para mí cuando me preguntaba a diario: “¿qué hago aquí?”.

Para los demás fue muy breve el tiempo en el que escribieron sus nombres en las hojas, pero para mí fue como si el reloj se me estuviera burlando en la cara: no quiso avanzar. De repente, Samanta se levantó de su silla a entregarle su examen al profesor. ¡Sami...!, tan hermosa, juiciosa e inteligente; tan envidiable ante los ojos de alguien como yo, que tan sólo se dedica a pensar día tras día en qué hacer, y cómo hacer para poder ser como ella; para vencer este tormento que me produce el estar sentada en este lugar, solamente... ¿esperando? Pero miré a mi alrededor y pude observar cómo el resto de compañeros, al igual que Samanta, se levantaban de sus sillas, uno después del otro, con valentía y responsabilidad; algunos con una sonrisa de convicción dibujada en sus rostros, con sus hojas llenas de letras, enumeraciones, flechas y hasta tachones por ambos lados. Mi garganta quería gritar: “¿qué tanto escribieron?”.

Saqué el viejo BlackBerry de mi bolsillo, le conecté los audífonos, me los puse y decidí correr mi cintura hacia delante de la silla para poder recostarme en el espaldar. ¡Qué tonta!, como si la respuesta a lo que habrían escrito todos en el examen la fuese a encontrar así, tarareando a Rihanna y chateando. Pasados unos minutos, cuando ya todos se encontraban en sus asientos, el profesor comenzó a hablar; ¿de qué?, la verdad no lo sabía, ni siquiera lo estaba mirando... pero justo cuando estaba a punto de preguntárselo a Vanesa, escuché su fuerte voz mencionando mi nombre. Me quité los audífonos de inmediato y contesté: “yo”.

—¿Entregaste tu examen? —me preguntó. El silencio se apoderó de cada rincón del lugar y en tan solo un instante me convertí en el centro de todas las miradas. Me extravié por unos segundos en mi pensamiento. —¡No puede ser! —me dije— el chico de atrás me está mirando ahora y, el tiempo... ¡por Dios, el tiempo! ¿En qué momento el reloj avanzó tan rápido?—. Esta era una pregunta para la cual sí tenía una respuesta clara, fue como si el tiempo me hubiese dicho en un tono frío: —¡Listo!, ya has sufrido un buen rato, ahora sí puedo avanzar—. Mientras decía en mi interior “¡hijueputa!” , levanté la mirada: el profesor y los presentes

estaban esperando mi respuesta, la mayoría con expresión de lástima, pero al fin de cuentas solo querían saber si había entregado el examen. No contesté. Incliné mi cabeza en el pupitre y un par de lágrimas se derramaron por mis mejillas. Todavía el lugar estaba en total silencio. En ese instante fue cuando dije en voz alta: «¡Maldito!», no refiriéndome al profesor, sino al tiempo que se equivocaba.